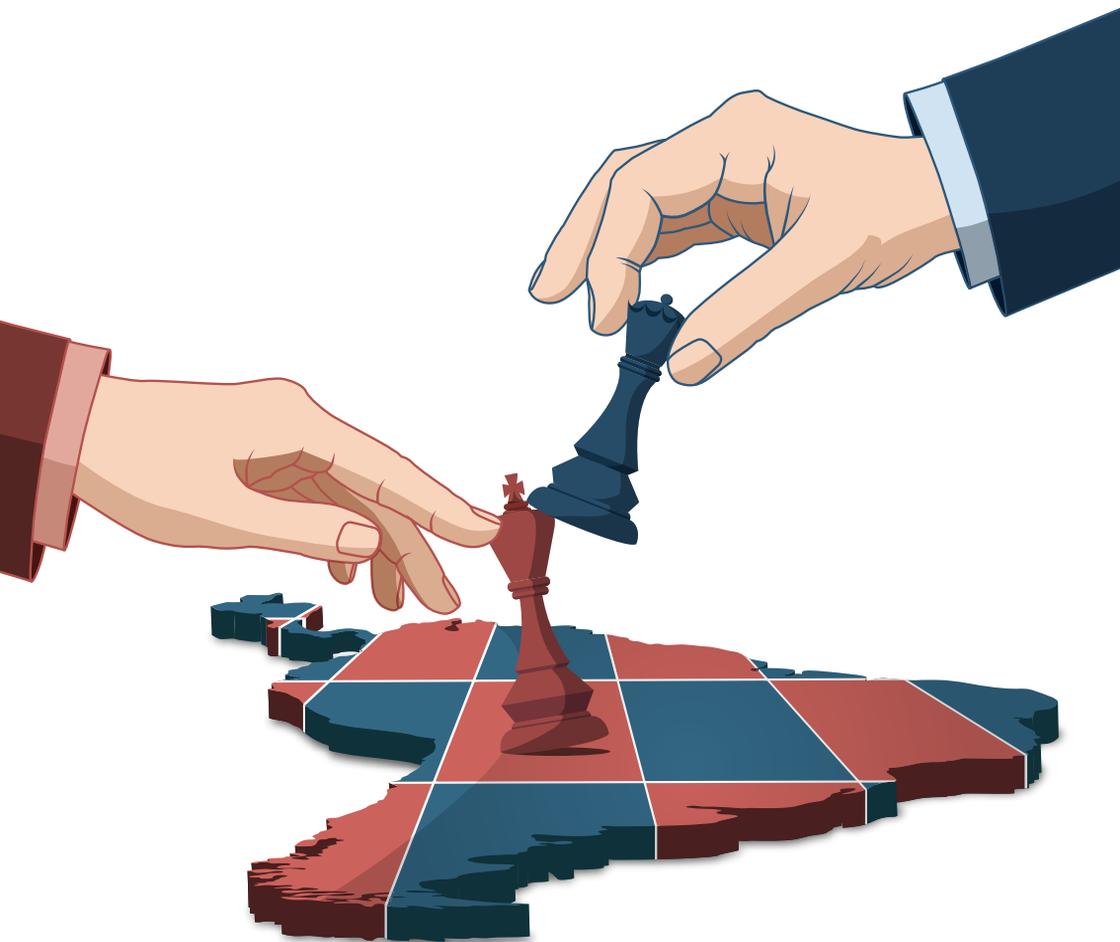


ECUADOR

Debate 122



Élites y derechas en América Latina

AGOSTO | 2024

Élites y derechas en América Latina

Comité Editorial

Alberto Acosta, José Laso Rivadeneira, Simón Espinoza, Fredy Rivera Vélez,
Marco Romero, Hernán Ibarra, Rafael Guerrero, Eduardo Gudynas

Directores

Francisco Rhon Dávila (1992-2022)

José Sánchez Parga (1982-1991)

Coordinadora/Editora

Lama Al Ibrahim

Asistente Editorial

Gabriel Giannone

ISSN: 2528-7761

ECUADOR DEBATE

Diego Martín de Utreras N28-43 y Selva Alegre

Apartado Aéreo 17-15-173B, Quito-Ecuador

Telf: 2522763 - 2523262

E-mail: revistaed@caapecuador.org

www.caapecuador.org/revista-ecuador-debate

SUSCRIPCIONES

Valor anual, tres números:

Exterior: USD\$. 51.00

Ecuador: USD\$. 21.00

Ejemplar suelto exterior: USD\$. 17.00

Ejemplar suelto Ecuador: USD\$. 7.00

Portada y diagramación

David Paredes

Impresión

El Chasqui Ediciones

Ecuador Debate, es una revista especializada en ciencias sociales, fundada en 1982, que se publica de manera cuatrimestral por el Centro Andino de Acción Popular. Los artículos publicados son revisados y aprobados por los miembros del Comité Editorial. Las opiniones, comentarios y análisis son de exclusiva responsabilidad del autor y no necesariamente representan la opinión de *Ecuador Debate*.

Se autoriza la reproducción total o parcial de nuestra información, siempre y cuando se cite expresamente como fuente: © ECUADOR DEBATE. CAAP.

| ÍNDICE

COYUNTURA

- Estados Unidos 2024: elecciones políticas o guerra cultural**
¿Un dilema coyuntural o una corriente profunda? 5-26
Fernando Bustamante
- La derecha al poder en la Argentina (1983-2023):**
los casos de Propuesta Republicana (PRO) y La Libertad Avanza (LLA) 27-41
Santiago C. Leiras
- Conflictividad socio-política**
Marzo – Junio 2024 43-56
David Anchaluisa

TEMA CENTRAL

- Presentación del Tema Central: Élités y derechas en América Latina** 57-62
Miguel Ruiz Acosta
- La derecha peruana y su deriva neogolpista** 63-78
Anahí Durand Guevara
- Antipopulismo y radicalización de las derechas en Ecuador** 79-99
Franklin Ramírez Gallegos
- Dominación y conflicto político del uribismo en Colombia. 2002-2010** 101-125
Alexander Gamba Trimiño
- La derecha en México: entre el Yunque y Vox** 127-142
Hugo Sánchez Gudiño

De Macri a Milei: la peligrosa obsesión de las clases dominantes argentinas	143-161
Andrés Tzeiman	
La internacional reaccionaria y su influjo sobre América Latina	163-178
Ariel Goldstein	

DEBATE AGRARIO

Jóvenes indígenas: propósitos y desafíos	179-191
Luis Alberto Tuaza Castro y Rudi Colloredo-Mansfeld	

ANÁLISIS

La cadena del reciclaje: aportes sociales, económicos y ambientales. El caso de la Asociación "17 de septiembre" en Portoviejo	193-209
Xavier León-Vega, María Fernanda Solíz, Claudia Rodríguez y Alía Yépez	

RESEÑAS

La (des)regulación de la riqueza en América Latina. Lecturas interdisciplinarias en tiempos de pospandemia	211-214
Danilo Rosero	
Pensamiento agrario: derribando mitos. Una antología de la obra de Fausto Jordán	215-219
Pablo Ospina Peralta	

Dominación y conflicto político del uribismo en Colombia. 2002-2010*

Alexander Gamba Trimiño**

Resumen

El presente artículo aborda los tipos de dominación política del uribismo y su forma de construcción del conflicto político. El uribismo es un movimiento político que emergió en Colombia en el año 2002 y que desde entonces se ha convertido en la principal fuerza de derecha en el país andino. El artículo aborda el periodo que va de 2002 a 2010, cuando Álvaro Uribe Vélez —el principal dirigente de este proyecto— fue presidente de la nación. Se aborda a la luz de la teoría de la dominación política de Max Weber y de la teoría política de Carl Schmitt y Chantal Mouffe. Se usan fuentes documentales, en especial discursos políticos, reportes de prensa y archivos de la época de estudio.

Introducción

A comienzos del siglo XXI en Colombia se presenció un fenómeno político novedoso para su historia política reciente: la emergencia de un movimiento político diferente a los partidos tradicionales (Liberal y Conservador) y que se ubicaba abiertamente en el campo político de la derecha. Si bien el país ha tenido una tradición política conservadora, la derecha como formación política identificable desde la década de 1960 se había mimetizado en el bipartidismo como facción de algunos de los partidos tradicionales.

Con la elección de Álvaro Uribe Vélez a la presidencia, en el año 2002 se dio el principal punto de quiebre en el sistema bipartidista colombiano que se había gestado en 1958, en el que se alternaban el poder los tradicionales partidos Liberal y Conservador, hegemónicos desde mediados del siglo XIX. Ocurrió por el relevo de las élites nacionales que se abrió con el triunfo de un representante de las

* Este artículo hace parte de la tesis doctoral del autor: *Élites políticas y guerra en Colombia en tiempos del Uribismo, 2002-2010*. Doctorado en Ciencias Sociales, Universidad Autónoma Metropolitana, Ciudad de México, 2023.

** Doctor en Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma Metropolitana, Maestría en Estudios Latinoamericanos de la UNAM y sociólogo de la Universidad Nacional de Colombia. Miembro del grupo de investigación *Conflictos sociales, género y territorios*, de la Universidad Santo Tomás, Colombia. Correo electrónico: gagambat@unal.edu.co.

élites regionales y las emergentes que no siguieron las directrices de los partidos tradicionales, como había sido recurrente hasta entonces, sino que constituyeron un bloque de poder en el que los nuevos actores eran la voz central y las élites nacionales pasaron a jugar como aliados de ese proyecto.

Esa coalición, que es la base del uribismo, se construyó con un núcleo de élites empresariales, ganaderas y terratenientes, con el apoyo –primero oculto y después público– de las élites emergentes que controlaban los negocios ilícitos y dirigían las acciones de la estrategia paramilitar (López Hernández 2010). Se sumaron además los sectores más de derecha del partido Conservador y de disidencias del partido Liberal. De la coalición sólo quedaron excluidos el oficialismo de este último y los partidos políticos de izquierda que se declararon en oposición. De manera muy breve se puede sintetizar al uribismo como un proyecto político que se ha fundamentado en la promesa de la seguridad para la nación colombiana, ofreciendo “mano dura” frente a los diferentes tipos de violencia que aquejan a la sociedad, particularmente la proveniente del conflicto armado y en concreto de las FARC-EP (López de la Roche 2014).

Así, bajo esta promesa inicial y ante el fracaso de las conversaciones de paz entre la guerrilla de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia - Ejército del Pueblo (FARC-EP) y el gobierno de Andrés Pastrana (1998-2002), Uribe prometió al pueblo colombiano acorrallar a las fuerzas insurgentes y, una vez rodeadas, obligarlas a la rendición. Con esta promesa y en medio de un gran desgaste producto de las acciones armadas en el país –ante el descrédito del proceso de paz y en un clima internacional signado por la “lucha contra el terrorismo” que se enmarcó en los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York– se emprendió una “cruzada” para ganar la guerra; para lo cual se movilizaron recursos económicos, se elaboraron discursos militaristas y se consolidó un gobierno cuyo epicentro fue: es posible derrotar militarmente a las FARC-EP (López de la Roche 2014).

En sus ocho años de gobierno (dos períodos, 2002-2006 y 2006-2010) Uribe les dio un gran protagonismo a las Fuerzas Armadas, invirtió un alto nivel del presupuesto nacional en la guerra y reformó la Constitución para posibilitar su reelección. Su política estelar se llamó seguridad democrática, la misma que se articuló a la estrategia global de lucha contra el terrorismo liderada por Estados Unidos de América (EE.UU.), y que en Colombia se plasmó en la lucha contra las FARC, a las que tanto Uribe como el Departamento de Estado de EE.UU. calificaron como grupo terrorista. Las bases de la política de seguridad democrática implicaron una pérdida de iniciativa por parte de las FARC, que se replegaron

en varios territorios; situación que, en todo caso, no representaba una derrota militar irreversible, pero sí fuertes golpes políticos –el principal de los cuales fue la movilización urbana contra estas en las marchas de *No más Farc* en febrero de 2008–. Los mayores logros de la política de seguridad democrática estuvieron en la estrategia de recuperación y consolidación territorial, lo cual permitió que los principales corredores económicos del país fuesen controlados de nuevo por las Fuerzas Armadas, en tanto las guerrillas se replegaron a las zonas de fronteras en la selva. No obstante, nunca realmente se estuvo ante una derrota militar de las FARC-EP, pero sí se les golpeó políticamente. El uribismo logró movilizar a la población contra esta insurgencia (Leal Buitrago 2010).

A partir de allí se construyó un relato centrado en la idea de que la guerra se podía ganar, pero “que la culebra seguía viva” y se necesitaba darles continuidad a las políticas uribistas para tal fin. Dado que la Corte Constitucional en el año de 2010 no aprobó la posibilidad de habilitar un tercer mandato del presidente Uribe, fue necesario que se pensara en la continuidad de este proyecto sin el caudillo. La alta popularidad de este auguraba que, fuese quien fuese el elegido, sería el nuevo presidente de Colombia (Cardona Zuleta 2016) y así ocurrió.

Ante el fracaso de la aprobación de la reforma constitucional, el mandatario selló una alianza con Juan Manuel Santos –representante de las élites liberales y ministro de defensa en su segundo mandato– para que llevara las banderas del uribismo en este nuevo ciclo sin Uribe. En el 2010 el candidato liberal ganó sin dificultad en segunda vuelta ante sectores de centro.

La alianza duró poco, hasta que Juan Manuel Santos empezó a dar un giro en sus discursos frente a la guerra y la paz, y empezó a plantear reformas que tácitamente reconocían causas sociales del conflicto armado y se alejaban bastante de la narrativa del uribismo –que establece que en el país no había razones para un alzamiento, y que no existía un conflicto armado sino un par de grupos terroristas que buscaban enriquecerse con el negocio del narcotráfico e implementar el modelo de Venezuela en Colombia–. Esta narrativa no ameritaba reformas sociales o de justicia, y sólo daba lugar a una posibilidad: la rendición o derrota militar. Santos cambió esa narrativa y emprendió dos iniciativas que iban en la dirección contraria con la creación de la Ley de Víctimas y de la Ley de Tierras, ambas en clave de hacer reformas sociales y reparar a las víctimas –incluidas las de los agentes del Estado– de las afectaciones del conflicto armado (Palacios 2012).

Pese a este revés, el uribismo se convirtió en la principal fuerza de oposición al liberalismo representado por Santos y logró derrotar a la alianza entre izquierdas

y liberales en el plebiscito por la paz de 2016, en el que ganó la opción del NO en el apoyo al acuerdo de paz. Así mismo, en 2018 ganó las elecciones presidenciales con Iván Duque.

Este movimiento cambió la historia política reciente de Colombia. Si bien los partidos tradicionales no desaparecieron, se convirtieron en un apéndice de otras expresiones políticas. Con el uribismo desapareció el pacto bipartidista: emergió una derecha caracterizada, la izquierda se agrupó y en 2022 logró conquistar el poder, y los partidos tradicionales quedaron disputando el Congreso y algunas elecciones regionales, pero muy alejados de ser opción de poder en el Ejecutivo.

En este escrito se buscan responder dos preguntas. La primera es ¿Cuál fue el tipo de dominación que construyó el uribismo que le permitió convertirse en el proyecto hegemónico durante los años de sus dos gobiernos? La segunda indaga acerca de cómo este movimiento construyó el conflicto político, en particular, a sus adversarios a lo largo de su gobierno (2002-2010).

El artículo está organizado en dos apartados. En el primero se aborda el liderazgo del uribismo, en donde se reconstruyen los principales mensajes políticos que se agitaron y cómo se le dio coherencia a un relato para ganar el apoyo popular y ejercer así su dominio. En el segundo se enfoca en la naturaleza del conflicto político, allí se analiza cómo este está atravesado por la lógica de la guerra y se expresa en las dinámicas de la enemistad.

Las fuentes teóricas van desde la sociología comprensiva de Max Weber –en especial, los tipos de dominación– hasta la concepción del conflicto político de Carl Schmitt y Chantal Mouffe. En cuanto a la metodología, esta se inscribe en la hermenéutica social; particularmente se emplea el análisis de las palabras, de los discursos y de las narraciones desde el referente metodológico de María Teresa Uribe (Uribe y López 2010), conocido como la mimesis del discurso. A partir de él se analiza cómo determinados actores han construido el relato histórico y, por ende, los discursos; tanto en el terreno de la retórica, es decir la narración racional y ordenada de hechos y acontecimientos, como en el de la poética, es decir, los discursos que movilizan sentimientos. Las fuentes que se emplearon fueron discursos aparecidos en el escenario público, tales como los principales diarios y semanarios impresos del país (*El Tiempo*, *El Espectador* y *Revista Semana*), los debates en el Congreso de la República, documentos públicos de los dirigentes políticos del uribismo y sentencias judiciales.

Liderazgo carismático cubierto de tradición

Al finalizar su segundo mandato Uribe Vélez contaba con un alto porcentaje de aprobación, algo sin precedentes desde que se hacen este tipo de mediciones en Colombia. A lo largo de esos ocho años su popularidad siempre estuvo en la media del 70%, lo que demuestra que tenía una gran conexión con la mayoría de la población colombiana. Según los analistas de la época, esta popularidad se debía a tres factores: su manera de gobernar, más cercana a la gente y sin intermediación de las instituciones; su mano fuerte y sus programas asistencialistas articulados, “familias en acción” y “jóvenes en acción”, que involucraban transferencias directas a las poblaciones más vulnerables (*El País* 2010).

En los ocho años de gobierno el uribismo no logró consolidar un equipo colectivo para ejercer un liderazgo en grupo, y este estuvo en cabeza de su fundador. Ello no quiere decir que fuese un proyecto individual; de hecho, sí existió un proyecto colectivo, pero con una autoridad muy centrada en Álvaro Uribe Vélez quien ejercía la vocería hacia el conjunto de la sociedad.

¿Qué tipo de liderazgo construyó? De conformidad con Max Weber (2014) se pueden identificar dos tipos de dominación que en principio cumple Uribe: el primero es el tradicional, sustentado en tradiciones que le dan la legitimidad; el segundo es el carismático, fundamentado en el “don” del líder, que le da una legitimidad frente a sus súbditos.

A primera vista, ambos tipos de dominación se presentan como los adecuados para caracterizar su liderazgo, pero –tal como lo plantea el mismo Weber (2014)– el tradicional es para mantener un estado de cosas, en tanto el carismático implica una transformación, que no siempre es progresista en el sentido político del término, por lo cual puede ser un cambio tanto de derecha como de izquierda.

Estos tipos de dominación no se presentan de manera pura y no son excluyentes: mientras el tradicional busca mantener, sostener y conservar, el carismático busca transformar. Uribe buscaba cambiar el poder político en la sociedad colombiana, fue un disidente de las estructuras partidistas tradicionales y, en términos de élites, su núcleo duro es más una élite regional que ha buscado consolidarse como una nacional.

Su dominación es la carismática que busca en la tradición un ámbito de legitimidad, un mito de origen que le dé sentido a este nuevo tipo de dominio que se presentó en la sociedad colombiana. En el análisis de sus discursos y sus formas de ejercer el dominio se han encontrado dos grandes mensajes que logró consolidar en sus ocho años de gobierno. El primero fue un relato en el cual su

presidencia era una cruzada por la patria en la que ganar la guerra era solo el medio; se trataba de salvar un modo de vida que, según su narración, estaba en peligro. El segundo fue presentarse como la encarnación, el vocero y el salvador de un tipo de habitante que tiene unos valores que se representan en la figura del “arriero antioqueño”.

Las cruzadas por la patria

Álvaro Uribe Vélez, es su discurso tras atentado en el Nogal en el año 2003, expresaba:

Sé que tendríamos que ser más eficaces para no evitar solamente dos o tres carros bomba sino para evitarlos todos. Tenemos años que los marcan los terroristas, nos acaban de hacer este daño tan grande, pero si persistimos en la determinación, si persistimos en la acción, si persistimos a pesar del dolor y el desconcierto se tendrá que repetir lo que siempre ocurre para bien del pueblo: el delito hace mucho daño, pero no triunfa, el triunfo finalmente será de la democracia, del ordenamiento jurídico de la gente de bien. A mis compatriotas, en medio del dolor, una voz de ánimo. Colombia está en un momento único ideal para derrotar el terrorismo, y al mundo no más divagaciones, no más debate estéril, al mundo democrático he pedido determinación para que nos ayuden a superar este daño tan grande que han ayudado a causar. A todos, en medio del dolor, un saludo con afecto y al mismo tiempo una convocatoria para que unida nuestra Policía, nuestro Ejército, nuestra Fiscalía, nuestras autoridades civiles, nuestro pueblo con un apoyo que esperamos sea fervoroso, eficaz y resuelto de la comunidad internacional, emprendamos el camino definitivo de derrotar el terrorismo (Uribe Vélez 2003).

En medio de una de las mayores crisis políticas y sociales que ha vivido Colombia, el mandatario se erigió con un mensaje que prometía una “salvación”, para lo cual invocaba una amenaza posada sobre la sociedad y que buscaba atender contra la inmensa mayoría del pueblo.

Uribe construyó un mito a partir del asesinato de su padre, lo que le dio a su relato un componente de tragedia; pero a través del proyecto de la seguridad democrática ofrecía derrotar a esos enemigos. Esta tragedia individual se convirtió en un mito colectivo y una invitación a un relato épico: invoca a su padre como encarnación de los valores y un modo de vida que está siendo amenazado por los “terroristas”. Ese modo es la imagen del hacendado de Colombia: un hombre recio del campo, disciplinado, con rasgos autoritarios –aunque él los denomina “de firmeza”– que le dan la legitimidad para enfrentar a los enemigos. El rasgo

distintivo de la tradición que lo caracteriza –tanto a él, como después al uribismo– es el del patriarca. Allí es donde se encarna en su padre y desde allí legitima su manera de gobernar:

Mi padre fue asesinado en la tarde del 14 de junio de 1983 durante un intento de secuestro. Le dispararon dos veces; una en la garganta y otra en el pecho, el disparo lo mató. Tenía cincuenta años [...]

Amaba a mi padre y lo extraño todos los días. La tragedia de Guacharacas marcó en mi vida personal y profesional un punto de quiebre cuya influencia tal vez sea incommensurable [...]

Sí, sentí un dolor inmenso tras la muerte de mi padre y lloré con la familia. Sufríamos por vivir en un país donde sucedían cosas horribles. Al mismo tiempo sabíamos que no éramos los únicos: muchos amigos y conocidos perdieron también a sus seres queridos en secuestros y tiroteos [...].

Así pues, no estábamos solos, el nuestro era un dolor compartido por millones de personas. Entonces dije a mis hermanos y hermanas:

“El dolor que sentimos también lo sufre la mitad de los colombianos. La nuestra es una tragedia personal y un problema nacional. Debemos hacerle frente de alguna manera” (Uribe Vélez 2012, 80-81).

Desde la campaña presidencial de 2001-2002 ofreció “mano firme”, que es autoridad, y “corazón grande”, que es cuidado, dos características centrales del patriarca; y es desde allí donde construye su relato. Como heredero de su padre, él encarna la imagen del hacendado, que en su narración fue la que dio grandeza al país que en ese momento se veía amenazado por los terroristas.

En cuanto a la “mano firme”, la personalidad del líder es central para proyectar esa imagen. El temperamento de Uribe, que afirma ser “un hombre de pantalones” y que decía en momentos de crisis “estoy cargado de tigre” –que significa un estado de ánimo de enojo y determinación–, fue tema central en su proyecto político: él encarnó el enojo de los sectores rurales contra las élites bogotanas que supuestamente habían desatendido el tema del “terrorismo” en el campo y no habían tenido la determinación para enfrentarlo con fuerza:

Veo que ese lenguaje moderado crea confusión en la ciudadanía, en esas grandes mayorías ciudadanas que apoyan la Seguridad Democrática. Veo que ese lenguaje moderado desorienta a la fuerza pública, en perjuicio de la eficacia de la política de seguridad. Y lo peor: veo que ese lenguaje moderado no atrae a los terroristas hacia la paz. Simplemente les agranda su ambición terrorista; facilita que los terroristas poseen de personajes de la política. Debe quedar absolutamente claro que una cosa ha sido en estos últimos meses el mensaje moderado para buscar la paz; y otra cosa es la voluntad, que es total,

sin atenuantes, para avanzar con la Seguridad Democrática. Hemos expresado lo que sentimos: ¡voluntad de paz! ¡Pero jamás debilitaremos la determinación de avanzar con la Seguridad Democrática! ¡Muy apreciados soldados y policías de mi Patria! ¡comandantes! ¡señor ministro de la defensa! ¡nadie en los cuarteles! ¡nadie en las oficinas! ¡nadie en las escuelas! ¡todo el mundo a las calles! ¡a fortalecer la política de Seguridad Democrática! (Uribe Vélez 2006a).

Esta “fuerza” apareció desde su temprana carrera política. Así, en el año 1994 en un evento en Jardín, Antioquia, en medio de un mitin político con un competidor, junto a su primo Mario Uribe Vélez sacaron un revólver cada uno de su cinto y amenazaron a su competidor para que se bajara de la tarima (Duzán 2004). Otro episodio aconteció en la noche de la elección como gobernador de Antioquia –30 de octubre de 1994–; ante unos resultados electorales muy ajustados con el candidato del Partido Conservador, Uribe le propinó un golpe en la cara a Fabio Valencia Cossio que denunciaba un posible fraude electoral (Oquendo et al. 2020). Estas formas violentas de tramitar las contradicciones con sus oponentes se trasladan al terreno internacional en el enfrentamiento que tuvo con el entonces presidente de Venezuela, Hugo Chávez.

Protagonizaron un acalorado altercado en una cumbre realizada en México en febrero de 2010. Según los presentes, Uribe reclamó a Chávez por el embargo que su país había impuesto a los productos colombianos y la discusión fue subiendo de tono. El venezolano intentó retirarse, pero Uribe lo interceptó con un grito: “Sea varón, qué-dese aquí y hablemos de frente”, le dijo (Oquendo et al. 2020).

Su forma de gobierno no fue solo de autoridad y violencia, también se preocupó mucho en transmitir la otra faceta del patriarca: el proveedor, que en su eslogan de campaña era la frase del “corazón grande”. Su relación con la población está mediada por el hecho de que él se presenta como el padre protector: en sus alocuciones se dirige a la población colombiana como “hijitos”. El uso del diminutivo aquí no solo le da una cercanía con el público, sino que define una jerarquía.

Desarrolló esta faceta a través de políticas hacia los sectores más empobrecidos de la población, en programas que se llamaron, entre otros, “familias en acción” y “jóvenes en acción”, que le posibilitaban hacer transferencias directas masivas. Estos programas, y en general el manejo de las políticas sociales del Estado, no los ofrecía con un criterio de universalidad, sino que fueron dirigidos a poblaciones específicas; y la manera de hacer el reparto –un aporte sin contraprestaciones– fue de manera directa, sin intermediarios. A este mecanismo lo llamó el Estado comunitario.

Creemos en el Estado comunitario, promotor y subsidiario, árbitro que no invasor. El Estado comunitario es el medio para que la actividad pública beneficie a los gobernados, no a los funcionarios, los grupos de poder, la politiquería, las burocracias laborales. El Estado comunitario es participación ciudadana en la toma de decisiones públicas, su ejecución y supervisión. Es garantía de transparencia, eficiencia y equidad en el resultado de la acción oficial. La exigencia ciudadana permanente demanda sincero afán de los funcionarios, prudencia en el compromiso, diligencia en la acción, imaginación para explorar opciones y superar obstáculos. La presencia continua del funcionario, de cara a la comunidad, facilita acceso a la información, conocimiento de cifras, conciencia sobre posibilidades y limitaciones, reflexión sobre obligaciones y confianza en las instituciones (Uribe Vélez 2006b).

Uno de sus programas bandera –Consejos Comunales– fue el mecanismo para emprender ese proceso. Eran audiencias públicas con la comunidad, autoridades locales y regionales; algo que inició desde la gobernación de Antioquia y continuó como presidente, llegando a realizar trescientos seis consejos comunales (Camacho et al. 2010).

Estos se llevaban a cabo los sábados, desde las nueve de la mañana con una duración de ocho a nueve horas. Tenían lugar en municipios y ciudades de todas las regiones del país, en sitios abiertos como canchas deportivas, de fácil acceso para la mayoría de la población que participaba, con una asistencia de entre mil a mil quinientos invitados. Además de la ciudadanía, participaba el alcalde del municipio, alcaldes de municipios cercanos, congresistas de la región y funcionarios del Estado –en especial, de entidades de educación, salud y de infraestructura vial de parte del gobierno nacional–. Además del presidente, había ministros y altos funcionarios del Estado (Camacho et al. 2010).

Un aspecto central de estos eventos era la transmisión en directo por televisión, que se hacía a través del canal público nacional, a cargo del jefe de prensa de la presidencia, Ricardo Galán, quien había sido el coordinador de comunicaciones en la primera campaña presidencial de Uribe. El presidente era el moderador y el que directamente resolvía una a una las peticiones de la ciudadanía, de las autoridades municipales y de los gremios. En todos los consejos comunales había actos folclóricos, el mandatario solía vestirse con prendas de las regiones a las que asistía y se recogía un acta de compromisos con los que él se comprometía personalmente desde su condición de presidente (Camacho et al. 2010):

Apreciada comunidad:

[...] Me complace mucho llegar a esta tierra, realmente todo lo de esta tierra es emocionante, gocé tanto ahora, oyendo ese verso de Aurelio Arturo, traído por Parmenio

[Cuéllar, gobernador de Nariño] que es un gobernador y un colombiano tan importante por su honradez, por sus principios. Aquí vamos a firmar hoy, cero pactos. Ojalá hacer cero promesas. Vamos a experimentar un mecanismo de trabajo entre los Gobiernos municipales, departamentales, el Gobierno nacional, de cara a la comunidad. En un momento muy difícil del país, con una situación fiscal difícil, un desempleo muy alto, con mucha violencia. El tema de orden público generalmente no se trata en estos consejos, pero nos acompaña la ministra [de defensa, Marta Lucía Ramírez], quien seguramente va a examinarlo ahora, en un saloncito, con los altos mandos. Tratamos fundamentalmente los temas sociales, tenemos que proceder con mucha agilidad, intervenciones cortas, respuestas cortas, concisas, todo debe quedar en un acta, se le debe hacer seguimiento, a ver cómo hacemos este trabajo metódico, de identificación de unos programas, de impulso de los mismos, podemos avanzar en estos cuatro años (Uribe Vélez 2002).

En estos espacios desaparecen las entidades del Estado en tanto responsables de las políticas públicas, y el gran ejecutor es el presidente quien se ubica en el centro y escucha las peticiones de los asistentes al evento. Así, además de ser el mandatario de una nación, Uribe se convierte en el proveedor de esa “comunidad”. En estos espacios se hizo cargo de muchos asuntos de microgerencia. En cuanto al tema técnico del gobierno, los organigramas pasaron a un segundo plano; lo importante era tener una solución inmediata a las demandas. El proceso comunicativo era claro: el mandatario estaba intentando resolver los problemas reales de la sociedad que un Estado lento y burocrático no atendía.

Una de las principales críticas que se les hicieron a los consejos comunales era que prescindían de la mediación de instancias colectivas, fundamentales para la democracia moderna, como son los partidos políticos, los sindicatos y las instituciones del Estado. Este vínculo de la administración pública entre Uribe y la ciudadanía concentró aún más el poder en la figura presidencial, en un país como Colombia que de por sí ya es muy presidencialista (Atehortúa Cruz 2007).

El pueblo arriero y “echado p´alante”

Hay algo en el uribismo que le permitió tener un apoyo en lo popular que lo diferencia del resto de las élites políticas colombianas: logró inventar un pueblo al cual apelar. Esta imagen se encarnó en un sujeto, el “arriero”, símbolo del hombre antioqueño que conquistó la inhóspita selva aún virgen y creó pueblos, ciudades y empresas. En su riqueza inicial solo tiene su fuerza de trabajo y un legado cultural muy aferrado a sus tradiciones, de profundas creencias católicas y con familias numerosas que aportan en el trabajo de construir nuevas fronteras.

Esa idea mítica que algunos denominan “raza antioqueña”, del emprendedor, la intentó expandir al resto del país. De alguna manera su presidencia es una plataforma para expandir los valores del arriero paisa¹ para “desarrollar” el país. Para el uribismo, el “pueblo” emprendedor podría tener un mejor país si no fuera por dos “plagas”: la clase política tradicional vinculada a las viejas élites urbanas, en especial las bogotanas, educadas en Europa y que no conocen los problemas del pueblo, y las guerrillas de izquierda que quieren imponer un régimen similar al de la vecina Venezuela “chavista”:

Hemos trabajado sin darnos cuenta que hemos trabajado, porque esta tierra antioqueña es una escuela de formación, de disciplina de trabajo. Las nuevas generaciones tienen todas las posibilidades para mejorar la plana nuestra, para enmendar la tarea que nos haya quedado mal hecha [...] aquí hemos procurado interpretar la disciplina del trabajo con que los mayores remontaron las dificultades de la montaña. Antioquia nos enseñó que el dominical no hay que consagrarlo con el descanso, que mientras haya dificultades hay que sumarle a la oración el trabajo. Fue muy grato haber trabajado casi todos los sábados y casi todos los domingos por la nación entera. Antioquia nos enseñó que no puede haber cansancio, que finalmente lo único que evita el cansancio es tomar goticas en cantidades inagotables de amor, de amor infinito por Colombia. Antioquia nos enseñó que hay que recorrer la milla adicional. Antioquia nos enseñó que tiene que haber meta parcial, pero nunca meta final [...] Apreciados coterráneos, Antioquia al ritmo de nuestro himno, ha inyectado en las pasadas y en las presentes generaciones un gran amor por la región. Yo prometo que para bien del nombre del pueblo de Antioquia he procurado trabajar por todas las regiones de Colombia con el afecto infinito que Antioquia nos enseñó por esta tierra antioqueña (Uribe Vélez 2010).

Uribe proyecta su pertenencia a ese “pueblo” a través de frases y mensajes políticos, se precia de ser un madrugador –algo propio de la población rural– cuyo valor central es el trabajo. Su conocida expresión “trabajar, trabajar, trabajar” fortalece su imagen del arriero antioqueño.

Así mismo, proyecta una imagen de desdén sobre los “placeres” de la vida mundana, pese a haberse educado en Harvard y haber pasado una estancia investigativa en Oxford. No gusta de la buena mesa, vinos, cine, artes, no gusta de los cócteles –algo propio de las élites bogotanas tradicionales– y se precia de ser un hombre austero –algo que, si bien en su cotidianidad se ve reflejado, no concuerda con un hombre que es uno de los grandes propietarios de tierra del país– (Duzán 2004).

¹ “Paisa” es una manera coloquial para referirse a los nacidos en el departamento de Antioquia y la región del eje cafetero (Caldas, Quindío y Risaralda).

Gracias a su madre conoció el pensamiento de quien ha sido el caudillo más importante del país: Jorge Eliecer Gaitán. En su juventud, Uribe recitaba de memoria los discursos del prócer de la causa populista de Colombia. Uno de los ejes de argumentación central de Gaitán era que había una fractura entre el país nacional y el país político, siendo el primero el de los pobres y los sectores no vinculados a la clase política, y el segundo el de las élites políticas. Uribe así se apropia de la lógica del discurso “gaitanista” como el antagonista de las élites urbanas que no conocen al país y reemplaza la reivindicación de Gaitán –que era la justicia social– por otro significante: la seguridad.

Logró delimitar su frontera frente a “los otros”: de un lado el pueblo de arrieros y del otro la guerrilla y sus cómplices, las élites urbanas, quienes permitieron que esa amenaza creciera, siendo “blandos” con esos enemigos, porque en esencia a ellos, a estos señores de Bogotá, no les importa la violencia en el campo y por eso “dialogan” con las guerrillas y no las combaten. Él se presentó como un hombre exitoso, con riqueza, pero del campo, y que por eso entiende los dolores de ese pueblo amenazado.

Conflicto político y la prevalencia de la enemistad

Como todo proyecto político, además de un “nosotros”, el uribismo necesita aludir a los “otros”, sus adversarios, sus contradictores. Después de la revisión de los documentos y discursos, se encuentra que el este plantea el conflicto político en clave de enemistad, tal como lo define Carl Schmitt (1998).

Es importante recordar que si bien Schmitt (1998) había planteado que todo conflicto político está determinado por la relación entre nosotros y los otros –donde los otros son enemigos–, en las reflexiones políticas contemporáneas como las que ha expuesto Chantal Mouffe (2003; 2011) se sostiene que se puede mantener un conflicto político sin caer en la lógica de la enemistad, dado que esta implica intrínsecamente el uso de la violencia. Esta autora y esta escuela de pensamiento consideran que el conflicto político se diferencia según se presente en contextos de paz o de guerra. En la paz la disputa con los oponentes se libra de manera agonista, por lo que se les trata como adversarios –esto quiere decir que se les puede disputar el poder, pero siempre en el marco de las reglas de la democracia liberal (Mouffe 2003)–, mientras que en contextos de guerra el conflicto político adquiere dimensiones antagonistas: el opositor no es el adversario, sino que se convierte en enemigo y así la disputa política se transforma en enemistad no sólo con los ejércitos con los que se libra la batalla sino con los opositores que,

aun sin ser parte del conflicto armado, terminan siendo incluidos en la lógica de enemistad (Franco 2008).

La guerra se libra en dos terrenos: en el campo de batalla y en el escenario de la disputa política abierta. Este segundo sirve para dirimir conflictos, aplazar oposiciones, pero sobre todo para ganar niveles de adhesión de la población: movilizarla en defensa de un enemigo común es una de las tareas más importantes de las guerras civiles. En ambos escenarios hay un uso de la violencia particular: la política.

En la guerra prevalece el *animus belli*, la hostilidad hacia el otro, escenario en el cual la élite política gobernante juega un papel central para definir a nombre del Estado quién es el enemigo de una nación. En las relaciones basadas en la enemistad las razones para tratar al otro como enemigo no son precisamente sus características ni su condición, ni siquiera su origen o su nivel socioeconómico; lo importante es que haya una disputa tan intensa que, incluso, propicie la idea de que se pueda eliminar al oponente (el otro), no importa si es feo, bello, pobre o rico. Lo central es la relación de enemistad que se construye, el resto es secundario. Ahora bien, un conflicto por la belleza, la riqueza, la identificación racial, étnica o ideológica puede llevar a que se construya una enemistad. En esos casos, esta se convierte en marcas que se extrapolan, y lo realmente importante es que se construye un nosotros y un los otros (Schmitt 1998, 79). Una cohesión basada en el odio y el miedo, lo que trae consigo es una predisposición a la violencia y por esa vía a la guerra. Es decir, las características que se le señalan al enemigo son más una imagen que se construye en torno a él, y lo central no es que realmente sea un enemigo, sino la imagen que se construye sobre ese otro (Eco 2013, 16).

En contextos de guerra, la enemistad no se agota sólo en los enemigos que usan las armas, se expande a los oponentes políticos y sociales que son tratados de la misma manera, así estén desarmados y no participen efectivamente en la contienda. La dinámica de la guerra hace que la política sea absorbida por su lógica, por la de la enemistad, y que los diferentes conflictos sociales y políticos sean asumidos por los actores en lógicas de hostilidad.

En el caso de Colombia la disputa política ha sido permeada por la guerra, no solo con el uribismo sino a partir de profundos antecedentes que han construido la manera como se hace política en el país. Las guerras civiles del siglo XIX y la forma de construcción de los partidos tradicionales a partir de estas ha hecho que la lógica de enemistad trascienda al terreno del conflicto político en general, no solo al de los contendientes armados. En el contexto del conflicto armado que se libraba desde la década de 1960, la literatura académica ha logrado identificar cuatro tipos de enemigo: el efectivo, el objetivo, el contingente y el absoluto.

El *enemigo efectivo* es el combatiente ligado a sus estructuras de mando, que son las fuerzas insurgentes (Franco 2009). Es la facción abiertamente declarada en rebelión, aquella que se puede identificar como tal, tiene una estructura de mando y se convierte en blanco legítimo para el accionar armado, aunque con los límites que impone el derecho internacional humanitario.

Los actores en disputa en la guerra civil no son binarios; si bien hay dos bandos principales, estos no están claramente diferenciados. Las fuerzas insurgentes pueden estar dispersas y no corresponder a una sola organización. Así mismo, las estatales o progubernamentales varían, desde las Fuerzas Armadas del Estado hasta los grupos paramilitares legales o ilegales que se alinean en la defensa del gobierno. A esta aparente dispersión se agrega la dimensión local, que lleva a que en el terreno más periférico y comunitario la diversidad de los actores pueda variar de una manera muy extensa. A pesar de esto, es posible identificar los actores principales de la contienda entre los enemigos públicos y los actores periféricos. Los enemigos efectivos en el período del uribismo fueron las guerrillas, especialmente las FARC-EP.

El segundo tipo es el *enemigo objetivo* que se configura como alguien a quien se busca vencer, y eso incluye el uso de la violencia para doblegarlo (Franco 2009). El fin no es su exterminio, sino el vencerlo a través del uso de la violencia. La idea es que los contrincantes de las guerras siempre serían en primer lugar enemigos porque lo que se busca es su derrota y su rendición. Suelen ser los no combatientes, los que se consideran como parte de la contienda, pero que no están directamente involucrados: son los actores políticos y civiles. Hay que decir que no son blancos legítimos, pero son tratados como tales, ya que se los considera una extensión de los combatientes. Aquí caben los partidos de oposición, los movimientos sociales y, en general, quienes tienen conflictos sociales o políticos con las élites políticas en la guerra.

En un contexto de guerra civil, los *enemigos objetivos* tienen esta doble dimensión: son actores con reconocimiento institucional formal, que actúan en la legalidad y, por eso, son adversarios; sin embargo, en el terreno de las acciones de la guerra, los actores armados y el gobierno los tratan como parte del enemigo *efectivo*.

Este tratamiento se evidencia en el uso de las palabras, en la exclusión formal, a través de mecanismos legales de parte del gobierno y en la persecución judicial; lo que implica quitarles su condición de adversarios y tratarlos como parte del enemigo objetivo aduciendo su vinculación con los combatientes, ya sea como “brazo” político o como cómplices. En el terreno menos formal, estos enemigos

objetivos son de los principales focos de tratamiento de la llamada *guerra sucia*, una acción indiscriminada que hacen los actores de la violencia –es decir los ejércitos legales e ilegales– contra civiles, en particular contra líderes sociales, organizaciones comunitarias y movimientos sociales, entre otros.

El *enemigo contingente* es aquel que, sin estar involucrado en el conflicto, se usa para justificar acciones, para implementar políticas (Angarita et al. 2015). Es, si se quiere, un “daño colateral”, o una excusa, ya que al ser externo, solamente se presenta como funcional. Si una guerra es por razones ideológicas, no importa; con el enemigo contingente no es necesario precisar estas diferencias; lo mismo vale si es por razones étnicas o económicas. Sencillamente, es un grupo social que puede ser destruido, sustituido, asesinado o desaparecido aun sin estar inmerso en ninguna conflictividad mayor, pero cuya aniquilación sirve para otros fines, como mostrar resultados militares o políticos, o simplemente porque se le considera un blanco legítimo de exterminio así no esté ni política o militarmente vinculado a la contienda. El caso más emblemático en Colombia es el de las ejecuciones extrajudiciales llamadas “falsos positivos”, jóvenes pobres que no hacían parte de ningún grupo armado y no eran parte de ningún grupo político, solo se sumaban para mostrar positivos en la lucha contrainsurgente de las Fuerzas Armadas colombianas, y que por ello fueron primero desaparecidos, luego asesinados para ser reportados como éxitos en operaciones militares.

El *enemigo absoluto* implica el desconocimiento del otro, su deshumanización y la opción siempre es su exterminio (Schmitt 1998). No se trata de gobernarlo, no se trata de vencerlo; lo que se busca es su exterminio sistemático. Allí prima la noción de que el otro no es humano, que es la forma clásica en que se expresan los genocidios (ONU 1948), los *politicidios* y el llamado exterminio recíproco (Kalyvas 2010). Algunos ejemplos en los que se despliega este tipo de enemistad son el holocausto nazi, el genocidio armenio, el *politicidio* en Indonesia y el genocidio en Rwanda. En todos estos casos estuvo siempre en juego el exterminio del otro; ya sea justificado por razones étnicas, culturales o de género –que es como se tipifican los genocidios– o por razones políticas, como en el caso de Indonesia –y es como se conoce el *politicidio*–. Un principio básico para que opere este mecanismo es la deshumanización del enemigo, quitarle su noción de humano y, por esa vía, configurar la posibilidad de su exterminio al declararlo enemigo de la humanidad. En Colombia, el caso más emblemático es el *politicidio* contra la Unión Patriótica, que implicó el asesinato de los miembros de este partido de izquierda hasta su casi exterminio (*Verdad Abierta* 2014).

Tabla 1. Tipos de enemistad durante el conflicto armado colombiano

Tipo de enemistad	Características	Casos en Colombia
Enemigo efectivo	Es el combatiente, se identifica como tal, se auto reconoce como el enemigo frente al otro bando. Son los ejércitos.	FARC-EP, ELN, guerrillas en general.
Enemigo objetivo	No son combatientes, no pertenecen a las organizaciones insurgentes ilegales y, de hecho, se separan de estas en sus medios y fines. Son reconocidos como parte de la estructura legal, pero el tratamiento hacia ellos es de sospecha y estigmatización. Discursivamente, se les vincula bien como aliados, funcionales, o el brazo político de las organizaciones insurgentes.	Oposición política, ONG de Derechos Humanos y movimientos sociales.
Enemigo contingente	Son pobladores muy pobres en condiciones de alta precariedad, poblaciones estigmatizadas como "pandilleros", traficantes o consumidores de drogas. En general está muy articulado a su origen social, son especialmente jóvenes pobres a los que se les elimina para reportar resultados o mostrar fuerza.	Ejecuciones extrajudiciales, "Falsos positivos", "daños colaterales", "limpieza social".
Enemigo absoluto	Son los que se deshumanizan, no se les considera un contendiente legítimo, ni siquiera como combatientes. Sobre ellos recaen todos los discursos de odio y se justifica su exterminio. En el conflicto armado colombiano los que han usado un discurso de exterminio han sido fundamentalmente los grupos paramilitares.	Partido político Unión Patriótica.

Fuente: Elaboración propia basada en: Angarita et al. 2015; Franco 2009; Gallo et al. 2018.

En el caso del uribismo han primado *los tres primeros tipos de enemigo: el efectivo, el objetivo y el contingente*, en tanto las políticas de la enemistad absoluta han estado en cabeza de los grupos paramilitares.

Para el caso del *enemigo efectivo*, Uribe construye un relato en el que se califica a las insurgencias de dos maneras: por una parte, como aliados del narcotráfico que han perdido sus ideales altruistas de la década de los setenta y cuyo único móvil es el enriquecimiento. Con esto los despoja de su agencia política y los ubica solamente en el terreno del crimen organizado:

La caída del muro de Berlín, el colapso soviético, la transición de Mao Tse Tung a Deng Xiao Ping no fueron fenómenos *anticipables*. Tomaron por sorpresa al pensamiento social de la época. Diría yo que en ese momento empezó la transición de las viejas guerrillas ideológicas que soñaban con la dictadura del proletariado y la socia-

lización de los medios de producción, a las guerrillas mercenarias del narcotráfico, la extorsión y el secuestro. Y me atrevería a proponer la tesis que esos fenómenos anarquizaron la guerrilla, y que su posterior mezcla con el narcotráfico le quitó toda legitimidad (Uribe Vélez 2009).

Un segundo calificativo es el de terroristas. Si bien en Colombia el uso del término no surgió con el uribismo, su generalización fue muy común en ese período: se trataba de identificarse en el contexto internacional de la “guerra contra el terrorismo” emprendida en Estados Unidos tras el 11 de septiembre de 2011:

Hoy más que nunca debemos reiterar que con el terrorismo no se puede jugar. Al terrorismo no se le puede contemplar. A la arrogancia, a la ceguera del terrorismo no se le puede tener consideración. El mundo no debe venir a Colombia a pedirnos consideraciones con el terrorismo. Necesitamos que el mundo democrático venga a Colombia a ayudarnos a derrotar el terrorismo. Necesitamos que así como se está dando en Naciones Unidas una discusión sobre el caso Irak, el mundo tome la decisión de ayudar a Colombia. Necesitamos la tecnología de los países democráticos, sus recursos técnicos, sus recursos financieros, sus sistemas de transporte, para que le ayuden a nuestra fuerza pública y a nuestra Fiscalía a derrotar los terroristas (Uribe Vélez 2003).

Esta doble identificación no es contradictoria: de un lado, parece indicar que hay una cúpula fundamentalista de ideas políticas caducas que busca imponer su voluntad a partir del terror y, de otro, sostiene que lo único que los mantiene es el dinero del narcotráfico y que, al grueso de las guerrillas, en especial a las FARC-EP, no las mueven los ideales sino el afán de riqueza. Allí les da una nueva palabra que usa en varias de sus alocuciones: *narcoterroristas*.

En relación con el *enemigo objetivo*, el relato del uribismo es muy concreto: asume que las organizaciones sociales y políticas de izquierda se han aliado en el pasado con las guerrillas en la tesis de la “combinación de todas formas de lucha”, y esto legitimaría que sean el blanco de grupos al margen de la ley como los paramilitares. Su recurso retórico es que son perseguidos y han sufrido violencia, no por su accionar como movimientos sociales de oposición, sino por sus vínculos con las guerrillas:

Primero fueron las guerrillas marxistas las que practicaron la tesis de la combinación de las formas de lucha. Asesinaban y penetraban el movimiento sindical, el movimiento estudiantil, la política, el periodismo.

Vinieron los paramilitares e hicieron lo propio. Y asesinaban a líderes sindicales,

acusándolos de ser colaboradores de la guerrilla. Y, a su vez, la guerrilla asesinaba a líderes sindicales acusándolos de ser traidores.

Este problema de la violencia sindical, que hemos hecho todo el esfuerzo para superarlo, se remonta a lo que fue la combinación de las diferentes formas de lucha. Qué daño tan grande se le hizo a Colombia, como a tantas otras naciones.

Posteriormente, hubo el fenómeno de la Unión Patriótica. Pienso que allí confluyeron dos errores: muchos de los integrantes de la Unión Patriótica practicaron la combinación de las formas de lucha. Querían estar en la acción política y también en la guerrilla.

Y todo esto para llamar la atención sobre el peligro de lo que quiere, nuevamente, ensayar el movimiento terrorista en Colombia: el impulso a opciones políticas, mientras ellos mantienen todas las acciones terroristas.

Es importante mirar ese proceso evolutivo que nos señala muchas de las situaciones que hemos tratado de superar en los últimos años (Uribe Vélez 2009).

El segundo mecanismo fue el de señalar que las marchas y movilizaciones sociales estaban infiltradas por las guerrillas. Esto se dio en particular con el movimiento indígena, que en sus ocho años de gobierno fue muy activo:

Es muy importante [...] evitar infiltraciones de grupos violentos, ¿por qué? porque ya se conoce. Están incitando y tratando de hacer de esta marcha, de las comunidades indígenas, algo más grande [...] Yo sí le ruego a la fuerza pública impedirlo y hacer todo el esfuerzo que hay que hacer, para capturar estos sectores guerrilleros que están cumpliendo esa misión terrorista (Uribe Vélez, citado en Pensamiento y acción social 2017).

Con las organizaciones de Derechos Humanos, las acusaciones no eran ya de infiltración, sino de trabajo mancomunado con las guerrillas. En el año 2003, en el marco de la celebración del día de los Derechos Humanos, manifestó que había tres tipos de ONG en ese ámbito: las teóricas, las respetables y, por último, las de escritores y politiqueros al servicio del terrorismo, las dos primeras eran merecedoras del apoyo del Estado, las últimas debían ser desmanteladas:

Cada vez que en Colombia aparece una política de seguridad para derrotar el terrorismo, cuando los terroristas empiezan a sentirse débiles, inmediatamente envían a sus voceros a que hablen de Derechos Humanos. No tienen vergüenza ni limitaciones. Sacan libros en Europa sobre rumores y calumnias. Ellos saben que su única arma es la calumnia que hipócritamente se esconde detrás de los Derechos Humanos.

Es necesario que estos señores sepan nuestra determinación de derrotar al terrorismo y a sus secuaces, que una de nuestras decisiones políticas es la de aislar al terrorismo y que para hacerlo vamos a capturar a todos aquellos que cometen esos delitos por complicidad o por ocultamiento.

Cuando yo comencé la tarea de combatir el terrorismo como gobernador de mi provincia, [...] aparecieron colectivos y abogados, esos portavoces del terrorismo aparecieron bajo ese nombre y bajo otros. Ellos no atacan a los terroristas sino atacan la voluntad de aquel Gobierno departamental de derrotarlo (Uribe Vélez, citado en OMCT- SOS-Torture Network 2003).

El relato de que los opositores y las ONG estaban infiltrados, eran aliados o funcionales a las guerrillas estigmatizaba estas organizaciones y les restaba una agenda propia. Se les ponía como instrumento de otros, se deslegitimaban las razones de sus protestas, movilizaciones o, en el caso de las organizaciones de Derechos Humanos, se invalidaba la veracidad de sus informes y denuncias. El mecanismo del estigma les posibilitaba a los organismos de seguridad justificar detenciones, intervenir comunicaciones y también abrir el camino para la criminalización de su accionar; pero, sobre todo, anulaba su voz en el espacio público y en el debate colectivo al ser descalificadas porque, en teoría, hablaban al servicio de otros.

El último caso para analizar es el del *enemigo contingente*, la ampliación más compleja de la enemistad, una categoría en la que cualquiera puede devenir; sólo importa que esté en el lugar y el momento “equivocado”. Esto se evidenció en el uribismo en el caso de los “falsos positivos”.

Con el objetivo de mostrar con resultados que se estaba ganando la guerra, el Ministerio de Defensa promovió la eliminación física de combatientes de los grupos insurgentes, para lo cual se crearon incentivos económicos a los miembros de las Fuerzas Armadas para que presentasen más números de muertes de los alzados en armas. El Ministerio emprendió un proceso de recompensas a través de los lineamientos de la Directriz 029 de 2005, cuyo asunto especificaba que era una:

Política ministerial que desarrolla criterios para el pago de recompensas por la captura o abatimiento en combate de cabecillas de las organizaciones armadas al margen de la ley, material de guerra, intendencia o comunicaciones e información sobre actividades relacionadas con el narcotráfico y pago de información que sirva de fundamento para la continuación de las labores de inteligencia y posterior planeamiento de operaciones (Ministerio de Defensa 2005).

Esto trajo consigo el asesinato de 6.402 jóvenes populares en varias zonas del país a manos de las unidades del ejército. Se les desaparecía con falsas promesas de trabajo y luego se les asesinaba, presentándolos como dados de baja y pertenecientes a las guerrillas. Esa práctica se convirtió en un patrón de comportamiento de varias unidades que involucraban tanto a soldados de rango bajo como a altos oficiales. A esta política se le conoció como la de los “falsos positivos” y es

considerada un crimen de lesa humanidad que en la actualidad está siendo procesado por la Justicia Especial para la Paz JEP (JEP 2021).

En una de las audiencias públicas de la JEP para tratar este tema en 2022, los militares involucrados rindieron testimonios donde manifestaba que ellos sabían que estaban asesinando a jóvenes que no tenían nada que ver con la guerra y que era solo para mostrar resultados:

“Y hoy el mundo quiero que sepa que eran campesinos”, dijo Néstor Guillermo Gutiérrez, quien fue cabo en el ejército, “que yo, como miembro de la fuerza pública, asesiné cobardemente, le arrebaté la ilusión a sus hijos, le desgarré el corazón a sus madres por una presión, por unos resultados, por unos falsos resultados, por tener contento a un Gobierno. No es justo”.

Los magistrados del tribunal consideran que sus víctimas son solo una pequeña fracción de las personas que fueron ejecutadas entre 2002 y 2008, durante la presidencia de Álvaro Uribe, como parte de la estrategia de los falsos positivos (Turkewitz y Villamil 2022).

Esto demuestra hasta qué nivel puede llegar la exacerbación de las políticas de muerte. En las declaraciones que dieron los militares a la justicia colombiana, manifiestan que sabían que los jóvenes asesinados no eran parte de ninguna organización criminal, de hecho, que los engañaban, les ofrecían puestos de trabajo en el campo y los jóvenes se subían a los camiones pensando que esta era su oportunidad de trabajar. Una vez arriba de los camiones, los llevaban a zonas de conflicto armado y los asesinaban. El testimonio de un exmilitar narra cómo el máximo comandante del Ejército los incitaba a asesinar para mostrar resultados:

Antes de llegar a la Brigada Móvil 15, en 2006, Rincón recuerda haber sido abordado por el que luego sería el comandante del Ejército, general Mario Montoya, ya en retiro, y quien también comparece ante la JEP, creada a partir del Acuerdo de Paz del 2016, que condujo al desarme de las FARC.

‘¿Cómo va a aportar a la guerra?’, me dijo. Y yo le pregunté: ‘¿Cómo, mi general?’. Entonces, él me dice: ‘¿Cuántos muertos va a poner?’. Y yo le respondí: ‘¿Pero muertos de dónde?, yo no tengo ninguna funcionalidad operacional’. Entonces él, no sé si de forma jocosa pero sí directa, me dijo: ‘*¿Y por qué no saca unos tipos allá de la morgue, los viste con uniforme y los reporta como resultados?*’.

Cuando se reencontró con Montoya, Rincón ya había sido asignado a la brigada móvil. “Ahora sí va a saber qué es la guerra, ahora sí le va a aportar a la guerra”, asegura que le expresó Montoya, jefe del Ejército entre 2006 y 2008. Y aunque nunca recibió de él una orden directa de matar, *el coronel reveló la existencia de un top 10 de unidades militares en el que los éxitos se medían exclusivamente por el número*

de muertos. Si alguien no “estaba dando resultados, tenía que irse de la institución” (Legrand 2020).

La reacción del presidente Uribe cuando Organizaciones No Gubernamentales, tanto nacionales como internacionales, medios de comunicación y políticos de oposición denunciaron lo que estaba pasando fue de negacionismo:

Al intervenir en la asamblea de ANIF, el mandatario de los colombianos dijo que “el Fiscal general de la nación afirmó que los jóvenes desaparecidos en Soacha fueron dados de baja en combate”. Aseveración que fue tomada por los críticos como una absolución a los militares involucrados en la investigación.

“No fueron a coger café, iban con propósitos delincuenciales y no murieron un día después de su desaparición, sino un mes más tarde”, dijo el mandatario de los colombianos (*El Espectador* 2008, énfasis propio).

El capítulo de los “falsos positivos” demostró los alcances de las políticas de construir un ambiente de guerra como incentivo general de la sociedad. La banalidad del mal, como diría Hannah Arendt (2018), se expresó en todas sus dimensiones. Algo había quedado claro: estas ejecuciones extrajudiciales no se trataban de casos aislados y hacían parte de una política que se instauró en las Fuerzas Armadas, según la cual cualquier medio era válido para ganar la guerra o al menos para hacer parecer que se estaba ganando.

Conclusiones

El uribismo usó el discurso de la seguridad como un mecanismo para apalancar un proyecto de derechas. Así, logró el apoyo de sectores políticos y sociales que –si bien ideológicamente no tenían una mirada conservadora del mundo– se articularon con él en defensa de la seguridad.

La ruptura del proceso de paz entre las FARC-EP y el gobierno de Andrés Pastrana le permitió presentarse a un sector de las élites como una alternativa ante el país, a través de un relato y un proyecto político centrados en un mensaje simple pero contundente: para alcanzar la paz hay que ganar la guerra. La estrategia del uribismo fue construir una negación del conflicto armado para justificar la concentración de todos sus esfuerzos en la única salida posible: el fortalecimiento militar frente a un asunto que consideraba como exclusivamente criminal. Esta narrativa logró que la mayoría de la sociedad asumiera el costo económico y político de cambiar una estrategia previa respecto a las insurgencias –la de combinar la vía militar con las negociaciones políticas– para concentrar todos los esfuer-

zos en la victoria militar. El aumento del presupuesto de defensa y de personal militar, junto al consenso político consolidado en esos ocho años, favorecieron importantes resultados en indicadores de éxito militar.

En la cruzada del uribismo se cimentó un discurso muy movilizador: o se estaba con este proyecto para ganar la guerra o se era cómplice de los enemigos. Era un relato sin matices, de modo que los críticos de las violaciones de los derechos humanos, los sectores liberales de la prensa o los organismos multilaterales de derechos humanos se convertían también en “cómplices” o “idiotas útiles” de los terroristas.

Se estableció una disyuntiva entre *nosotros* y los *otros*, central en toda lógica de enemistad. Una de sus consecuencias fue asegurar la movilización de un sector muy amplio de la población con el objetivo de ganar la guerra; aunque al final ese resultado no se alcanzó. Si bien mejoraron algunos indicadores de seguridad, empeoró la situación de violación de los derechos humanos y se presentaron casos de crímenes de lesa humanidad y de exacerbación de actos que se contraponían con la esencia de un Estado democrático.

La elaboración de ese relato puede ser muy efectiva en la popularidad de un líder, pero entre sus costos conlleva a la fractura de la nación como comunidad política, lo que imposibilita construir un proyecto de país. Por esta vía, se creó un marco comprensivo según el cual las diferencias de modelo de sociedad, de modelo económico o de modelo de distribución del ingreso eran funcionales a la “amenaza terrorista”, y se consolidó un discurso según el cual, si se deseaba seguridad –y, por esa vía, tranquilidad– se requería seguir el modelo del uribismo, que políticamente se caracterizaba como de derecha.

La idea era que se debía hacer lo necesario para ganar la guerra. Eso generó incentivos perversos entre las fuerzas militares: la victoria no solo precisaba de un gran presupuesto, sino de que se pudieran destacar logros; mostrar resultados indicando que sí era posible y que valían la pena los sacrificios que la sociedad colombiana estaba haciendo. Aquí adquirieron visibilidad las llamadas “bajas en combate”, unas acciones que se estimularon a través de recompensas económicas a las unidades militares que registraran más bajas del enemigo. Se enviaba el mensaje de que había que “hacer lo que fuese necesario” para derrotar al enemigo. Ante esto, las fuerzas militares emprendieron una conducta aberrante que hoy es conocida como “falsos positivos”. Día a día, semana a semana, en los noticieros y en las ruedas de prensa de las fuerzas militares y de los sectores políticos se presentaban estos hechos como un indicador de que se estaba derrotando a las guerrillas, sin importar que estas realmente se habían replegado en el interior de

la selva y que, si bien habían sufrido una gran merma de capacidad, estaban lejos de la derrota. Los números llegaron a 6.402 casos documentados de asesinatos de civiles inocentes.

En la sociedad, así mismo, el identificar como “cómplice” o “idiota útil” del terrorismo a opositores y activistas tuvo repercusiones en los movimientos sociales, en los sectores políticos de oposición y, en general, en los sectores no uribistas, a los que se les empezó a catalogar como aliados o funcionales a esta causa insurgente, no importaba que nada tuvieran que ver con las guerrillas.

Otro elemento central en el tipo de dominación del uribismo fue su estilo de liderazgo, encarnado en el arriero paisa, madrugador, trabajador y asceta, que conectó muy bien con los valores e ideales del poblador más popular, tanto del campo como de las ciudades. Esto lo articuló con un plan de transferencias monetarias directas y con un gran despliegue presencial en las regiones a través de los consejos comunitarios, con lo cual alcanzó una gran cercanía con los sectores populares.

Al final del segundo mandato, los logros de la política de seguridad se estancaron, los índices no bajaron a la misma velocidad que al comienzo y las guerrillas se reacomodaron, cambiaron sus tácticas, aprendieron del accionar de las Fuerzas Armadas y se refugiaron en sus zonas de retaguardia. La victoria entonces comenzó a alejarse. Mientras tanto, los grupos paramilitares que pasaron por un proceso de negociación, no dejaron por completo sus armas; se reacomodaron y pasaron de una iniciativa nacional a varias regionales. La política de seguridad democrática se estancó, los grupos se reajustaron y la posibilidad de la paz negociada no estaba aún en el horizonte.

Todos estos factores generaron una paradoja: los logros militares y el discurso guerrillerista se convirtieron en el principal capital político del uribismo, su lugar en el campo de la política colombiana. La política de seguridad democrática que en principio estaba destinada a vencer las insurgencias armadas, y restablecer la seguridad, se convirtió en la principal fuente de legitimidad del gobierno. Ante la imposibilidad real de lograr el objetivo de victoria militar, se debía mantener un estado de guerra con la sociedad en permanente movilización. La guerra trascendió así la dinámica propia de la confrontación militar y se instaló en todos los poros de la vida nacional, se convirtió no en el medio para lograr objetivos, sino en el fin: ganar la guerra era imposible, por lo que la única fuente de legitimidad terminó siendo mantener viva la amenaza. Al fin y al cabo, la guerra se volvió funcional al *statu quo* de las élites en el poder.

Bibliografía

- Angarita, Pablo, Héctor Gallo, Blanca Jiménez, Hernando León, et al. 2015. *La construcción del enemigo en el conflicto armado colombiano 1998-2010*. Medellín: Sílabo Editores, Universidad de Antioquia e Instituto de Estudios Regionales.
- Arendt, Hannah. 2018. *Sobre la Violencia*. Segunda edición en Español. Traducido por Carmen Criado. Madrid: Alianza Editorial.
- Atehortúa Cruz, Adolfo. 2007. *Las banderas del presidente Uribe. Estado comunitario, seguridad democrática y revolución educativa*. Medellín: La Carreta Editores.
- Camacho, Nubia, Laura Pareja, & Yesid Bernal. 2010. *Credibilidad en el diálogo público. Consejos comunales de gobierno, el sello del presidente Álvaro Uribe Vélez*. Bogotá: Presidencia de la República.
- Cardona Zuleta, Luz. 2016. *La culebra sigue viva: miedo y política. El ascenso de Álvaro Uribe al poder presidencial en Colombia (2002-2010)*. Medellín: Universidad Nacional de Colombia.
- Duzán, María Jimena. 2004. *Así gobierna Uribe*. Bogotá: Editorial Planeta Colombiana, S.A.
- Eco, Umberto. 2013. *Construir al enemigo*. Barcelona: Random House Mondadori, S.A.
- El Espectador. 2008. "Uribe dice que desaparecidos de Soacha murieron en combates". *El Espectador*. 7 de Octubre. <https://t.ly/off8U>.
- El País. 2010. "Presidente Álvaro Uribe termina su gestión con 80% de aprobación". *El País. Cali*. 30 de Julio. <https://t.ly/63R2g>.
- Franco, Vilma Liliana. 2008. *Guerras civiles. Introducción al problema de su justificación*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- _____. 2009. *Orden contrainsurgente y dominación*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores e Instituto Popular de Capacitación.
- Gallo, Héctor, Blanca Jiménez, Daniela Londoño, et al. 2018. *Discursos de enemistad. Pronunciamientos sobre los medios de comunicación las ONG en el conflicto armado colombiano, 1998-2010*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- JEP. 2021. "Caso 03. Asesinatos y desapariciones forzadas presentados como bajas en combate por agentes del Estado". *Jurisdicción Especial para la Paz*. <https://n9.cl/s3l8fg>.
- Kalyvas, Stathis. 2010. *La lógica de la violencia en la guerra civil*. España: Akal.
- Leal Buitrago, Francisco. 2010. "La Política de Seguridad Democrática." *Razón Pública*. 18 de Enero. <https://t.ly/oCuj0>.
- Legrand, Diego. 2020. "Falsos positivos: crudos testimonios ante la JEP". *El Tiempo*. 17 de Mayo. <https://n9.cl/luh7j>.
- López de la Roche, Fabio. 2014. *Las ficciones del poder: patriotismo, medios de comunicación y reorientación afectiva de los colombianos bajo el gobierno de Uribe Vélez (2002-2010)*. Bogotá: IEPRI; Debate.
- López Hernández, Claudia (Coord.). 2010. *Y refundaron la patria. De cómo mafiosos y políticos reconfiguraron el Estado colombiano*. Bogotá: Debate: Random House Mon-

- dadori; & Corporación Nuevo Arco Iris.
- Ministerio de Defensa. 2005. “Directiva 029 de 2005”. *Justicia por Colombia*. 17 de Noviembre. <https://rb.gy/c2ae6x>.
- Mouffe, Chantal. 2003. *La paradoja democrática*. Barcelona: Editorial Gedisa.
- _____. 2011. *En torno a lo político*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- OMCT- SOS-Torture Network. 2003. *Colombia-comunicado: El presidente asimila a las ONG con los terroristas*. 12 de Septiembre. <https://n9.cl/7d5kxa>.
- ONU. 1948. *Convención para la prevención y la sanción del delito de genocidio*. 9 de Diciembre. <https://n9.cl/qn0xk>.
- Oquendo, Catalina, Camila Osorio, Santiago Torrado, y Sally Palomino. 2020. “Uribe. La sombra política de Colombia”. *El País*. <https://n9.cl/hb3gb>.
- Palacios, Marco. 2012. *Violencia pública en Colombia: 1958-2010*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.
- Pensamiento y Acción Social. 2017. *Las bases discursivas de la estigmatización en Colombia. Un modelo por desmontar*. 01 de noviembre. <https://n9.cl/2i2b7>.
- Schmitt, Carl. 1998. *El concepto de lo político*. Traducido por R. Agapito. Madrid: Alianza.
- Turkewitz, Julie, y Sofía Villamil. 2022. “Colombia confronta el legado del conflicto armado en una audiencia sobre el caso de los falsos positivos”. *New York Times*. 22 de abril. <https://rb.gy/r6kl87>.
- Uribe de Hincapié, María Teresa, y Liliana María López Lopera. 2010. *Las palabras de la guerra. Un estudio sobre las memorias de las guerras civiles en Colombia*. Medellín: La Carreta Editores; Universidad de Antioquia.
- Uribe Vélez, Álvaro. 2002. *Discurso de Álvaro Uribe en el primer Consejo Comunal de 10 de Agosto*. Último acceso: 1 de octubre. <https://n9.cl/u2sb9v>.
- _____. 2003. *Discurso de Álvaro Uribe tras atentado en el club El Nogal*. 08 de febrero. <https://n9.cl/96phb>.
- _____. 2006a. *Discurso de Álvaro Uribe “¿Por la dignidad de la patria, por el futuro de las nuevas generaciones, enfrentemos el terrorismo!”* 20 de octubre. <https://n9.cl/ta7gk>.
- _____. 2006b. *Discurso de Álvaro Uribe en la posesión presidencial periodo 2006-2010*. 7 de Agosto. <https://n9.cl/4mxxh>.
- _____. 2009. *Discurso de Álvaro Uribe en la “Conferencia Antiterrorismo Contemporáneo: La Experiencia Colombiana”*. 31 de marzo. <https://n9.cl/cjdiw>.
- _____. 2010. *Discurso de Álvaro Uribe Vélez en el “Gran Acto de Agradecimiento de Antioquia”*. 16 de julio. <https://t.ly/PQxhb>.
- _____. 2012. *No hay causa perdida. Memorias*. New York: A Celebra Book, Penguin Group.
- Verdad Abierta. 2014. *Los crímenes contra la UP no fueron aislados*. 26 de octubre. <https://rb.gy/wrh87h>.
- Weber, Max. 2014. *Economía y sociedad*. México: Fondo de Cultura Económica.